

Insistiendo

Los que bregamos en estas páginas, porqué bregar es, según el diccionario, luchar reñir, no lo hacemos más que movidos por una personalidad que cada cual, en más o menos intensidad puede incubar en sus adentros. Y cuando esta personalidad está orientada sobre una colectividad como puede representar una ciudad como la nuestra, entonces miel sobre hojuelas.

Estas líneas que anteceden, y que me perdone esta reincidencia el autor de «Ficción y Realidad» del jueves pasado, van encaminadas de nuevo, al estreno de la obra «El Coctel dels acusats», del autor Carlos Soldevila.

¿Fue estreno o no lo fue, cuando la Agrupación Romea la representó en las tablas el verano del año 1953 en el Teatro Novedades, de nuestra ciudad?

Porque si de esta obra se lanza una edición para sus futuras representaciones, como es costumbre hacer en estos casos, ¿se leerá, en la misma como siempre: «esta obra fue estrenada en el Teatro tal, en el año cual, bajo el siguiente reparto?»

Que es espinoso el detalle, por cuanto se trata de un estreno por parte de agrupación «amateur», no cabe ninguna duda. Pero también debe proclamarse, bien alto, que nadie mejor que de los no profesionales puede esperarse la perduración de nuestro teatro y más del teatro catalán.

Querer soslayar esta verdad, sea por lo que sea, sería delito de lesa amistad artística por parte de quien corresponda, y cerrar los ojos a esta evidencia por parte de los soslayados, sería abdicar de su propia personalidad.

C. Y. II.

Prosecución Teatral

El martes próximo, día 24 del actual, la Agrupación Romea, de nuestra ciudad, vuelve a proseguir sus tareas teatrales, después de un lapso estival, con la puesta en escena de la obra «Un pare de família» del aplaudido autor Carlos Soldevila.

Y con esta actuación, puede constatar que dicha Agrupación va a dar comienzo a sus actividades artísticas del invierno próximo, siempre anhelados por los amantes del teatro en nuestra ciudad.

VARIEDADES

RECUERDOS DE ANTANO

LA FALDA PANTALON

En balde intentaría mi desmañada pluma describir el mundo elegante de medio siglo atrás para dar una idea de las evoluciones que experimentó la moda desde su comedimiento de antaño hasta su desenvoltura actual.

Nuestras abuelas compraban sus telas y guarniciones para llevarlas a las modistas y los trapos por éstas cortados resultaban tan graciosos y lindos que muchas veces convertían a aquellas en muñecas grandes. Pero luego se dejó sentir la influencia de los «modistos», de unos hombres que cortando y cosiendo para las señoras habían triunfado en el otro lado de la frontera y a quienes algunos analizadores de la elegancia atribuyeron el genio de los escultores de la antigüedad, interesados más bien en la línea que en los adornos.

Entre las novedades que cuarenta años atrás nos trajo la moda, esa avasalladora de todos los tiempos, resalta la falda-pantalón. Hoy día por no considerarse el mundo tan malo como lo imaginaban nuestros abuelos, y no siendo de buen tono juzgar las cosas en su aspecto desfavorable, pues que a los mortales nos ha dado en figurarnos como duradera la felicidad, por más que las cosas no marchen siempre bien y que las dificultades y complicaciones y aun las miserias humanas no hayan desaparecido ni tiendan a desaparecer pese a tanto adelanto, eso de la falda pantalón, a los que vamos a pisar los umbrales de la «sesentena», nos parece una chilindrina, algo así como un capricho cándido, en comparación con los hombrunos pantalones que van imponiéndose en la indumentaria de la mujer.

Pero en aquellos días lejanos, la ocurrencia de los creadores de la «jupe culotte» causó mucho alboroto y fué

comentada acaloradamente, dando pábulo a unos satíricos romances que reportaron buenos ingresos a los músicos ambulantes que apretando contra las mejillas sus deslucidos violines las divulgaron recorriendo ferias y mercados con el beneplácito de los filósofos domingueros que los celebraban mascullando piñones y que fueron los primeros en considerar absurdos aquellos dictados a la moda.

Realmente, aquellas canturrias que no me es dado reproducir, se impusieron pronto, y pocos fueron los que se hicieran el desentendido ni las escucharan con indiferencia. Por contra, todo el mundo los aplaudía, tosiendo y riendo a un tiempo. Pocas fueron también las mujeres dispuestas a renunciar a su ondulante envoltura y que no entendieran que en ningún caso podía considerarse el pantalón adecuado a las formas femeninas.

Nuestros mayores, a quienes tanto escandalizara la falda-pantalón, no podían sospechar la evolución que con esta prenda se iniciaba y menos lo que iban a ser las elegancias femeninas medio siglo después. ¿Cómo iban a presentir que aquel hipócrita pantalón se convertiría corriendo los años en pantalón-falda y no precisamente destinado a la mujer y que ésta pactara con la prenda masculina usurpándola con el mayor desenfado?

Ocioso sería hablar del yugo de la moda que siempre impuso a sus seguidoras severas leyes y las trajo de allá para acá, inquietas e irreflexivas, con el juicio perdido.

No me consideres, amable lectora, enemigo de la sencillez y de la higiene. Permite no obstante que me coloque sobre lo alto de la atalaya de los años para ver desfilar a nuestros abuelos en tiempos en que en las plays «mun-

danas» las gentes no prescindían de la ropa ni de la clásica caseta, ni cruzaban las calles en el mismo traje con que penetraban en el mar.

Y al encomiar la falda de la que este mísero mortal es tan acérrimo admirador como contrario a la desnudez dominante, vaya una muestra del estilo de un escritor, ejemplo especial en nuestra literatura, Enrique Gómez Carrillo y de la ilustre escritora Mme. Delarue Madrus:

«El principio esencial — dicen — la causa profunda del prestigio todopoderoso de la mujer, en todas partes en donde reina, y lo misma en los palacios que en el fondo de los bosques, es lo que desde tiempos inmemoriales exalta y domina: la eterna falda.

Con la desnudez el misterio desaparece, y misterio es toda la mujer. La mujer es el eterno secreto, el eterno enigma... Dejándose adivinar domina mejor que mostrándose. Haciendo como que se esconde enseña más que desnudándose. Cubriendo con sabio recato sus esplendores, los pone en mayor evidencia.

Más que la línea absoluta del cuerpo desnudo, el cuerpo vestido, con su elegancia serpentina, influye en las artes. Mas las artes nos importan menos que las almas. Y las almas, sin duda, se dejan más a menudo captar por las sirenas cuyas colas son de sedas blancas, que por las ninfas sin velos.

Vestida con pantalones, como los hombres, la mujer no es sino un ser menudo, lastimoso y risible.

Cuanto misterio y cuanto ritmo, cuanta gracia y cuanta discreción en ese simple envoltorio de telas suaves!

Desnuda la mujer parece una linda estatua, pero si quereis admirarla, ponedle la falda!...»

Imaginad discretas lectoras lo que significaría el mundo si los hombres se dieran a vestirse de mujer!

J. Soler Cazeaux

GARAJE CENTRAL